

do (1); y á esta intercesion debió la salud el afligido pueblo. ¡Ah! Imágen viva y espresiva de lo que hace la divina Esther María por nosotros. El pérfido é infernal Aman, el ángel de las tinieblas que en las mazmorras infernales sufre el eterno castigo de su rebelion y soberbia, trata de perdernos; pone ante nuestros ojos la seductora decoracion de los placeres mundanos, y nos rodea de mil peligros; empero María pide gracias para nosotros: sus peticiones son escuchadas por el Divino y Eterno Assuero Jesucristo, y beneficios continuos recibimos de sus benéficas manos.

Este es el momento, señores, en que yo desearia estar adornado de sublime elocuencia para tributar, con bellas espresiones, grandes y merecidos elogios á esta Purísima Vírgen, á la que tanto debe la humanidad; pero aunque yo estuviese adornado de los mejores dotes ¿qué podria añadir á lo que de esta mística ciudad de Dios han dicho los Padres de todos los siglos? ¿Qué perla podria yo añadir á la corona de hermosas alabanzas formada por los mas sublimes ingénios que emplearon sus plumas en publicar sus glorias y las finezas de su benéfico y maternal corazon? Yo recorro los escritos de todos los Padres, y no puedo menos de llenarme de un santo regocijo al oír á un San Gregorio Nicomediense, que dirigiendo sus súplicas á María le dice: «No nos digais, oh Vírgen sacrosanta, que no nos podeis ayudar á causa de la multitud de nuestros pecados, porque teneis tal poder y conmiseracion que ningun número de culpas puede jamás escederla. Nada resiste á vuestro poder, porque vuestro Criador, que

(1) Si inveni gratiam in oculis tuis, ó rex, et si tibi placet dona mihi animam meam, pro qua rogo, et populum meum, pro qua obsecro. Esth. cap. VII, v. 3.

lo es de todas las criaturas, honrándoos á vos que sois su Madre, estima como propia vuestra gloria (1). Me encantan en verdad los afectos de un San German, patriarca de Constantinopla, que dirigiéndose á María esclama lleno de amor y de entusiasmo. «Nadie se libra sino por vos, oh Purísima Vírgen: nadie recibe gracias sino por vuestra mano, oh castísima María, nadie alcanza la salvacion sino por vos.» Empero cuando leo las bellísimas frases con que á María saluda en la homilía que pronunciara en un concilio San Cirilo, entonces es cuando se alienta mi esperanza tanto como es posible, y fijo mi confianza en tan amorosa Madre: Salve, oh María, esclama, por quien es glorificada la Santísima Trinidad en el Universo: por quien el cielo se llena de regocijo: por quien todas las criaturas son conducidas al conocimiento de la verdad: por la que las gentes son atraídas á penitencia: por quien los apóstoles predicaron el Evangelio para la salud del mundo (2).

Estas y otras bellísimas frases de todos los Padres, nos hacen conocer cuanta debe ser nuestra confianza en esta benditísima y amorosísima Madre, á quien Dios ha dado tanto poder, cual corresponde á su altísima dignidad, y cuya ocupacion en el cielo es pedir gracia y perdon para el pecador arrepentido que acude á ella como á acueducto seguro por donde á nosotros llegan las divinas bondades. ¡Ah! Es imposible, esclama San Bernardo, pronunciar el nombre

(1) Habes vires insuperabiles, ne clementiam tuam superet multitudo peccatorum. Nihil tuæ resistet potentia; tuam enim gloriam, Creator existimat esse propriam. D. Greg. Nicons. Or. de exitu. B. M.

(2) Salve, Virgo, per quam sancta Trinitas in universo mundo glorificatur, per quam calum exultat: per quam universa creatura ad veritatis cognitionem deducta est: per quam gentes adducuntur ad penitentiam: per quam apostoli salutem gentibus prædicarunt.

de María, sin inflamarse en el momento de un grande amor hácia Dios y hácia ella. Sí, dulcísima Madre mía, tú eres el verdadero cinamomo y bálsamo aromático tras cuya fragancia corren las criaturas (1). Tú eres el hermoso terebinto de majestuosas ramas de honor y gracia, bajo cuyas frondosas ramas se covijan los pecadores (2). ¿Y á quién acudiremos en este valle de lágrimas y de miserias sino á vos? Después de haber ofendido veces mil á nuestro Dios, ¿quién sino vos podrá aplacar el brazo de su justicia y atraer sobre nosotros su misericordia? ¿A quién acudiremos para que abogue en nuestro favor? Vos sola, Madre de mi corazón, vos que sois la Madre del Amor Hermoso, y del temor y de la ciencia, y de la santa esperanza (3). Por vos, purísima María, esperamos que no sea infructuosa para nosotros la preciosísima sangre de vuestro Divino Hijo, y lo esperamos por vos, puesto que por vos se alcanza la gracia de conocer la verdad y en vos está toda la esperanza de vida y de virtud para triunfar de nuestros enemigos y de nuestras propias pasiones (4).

¡Ah! ¡Qué felicidad tan extraordinaria! María cuyo poder habeis oído y cuya bondad es tan manifiesta, nos llama á sí admirablemente diciéndonos: « Venid á mí todos los que me amais y saciaos de mis frutos. » *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini.* ¡Voz dulce, voz hermosa, voz divi-

(1) Sicut cinnamomum, et balsamum aromatizans odorem dedi. Eccl. cap. XXIV, v. 20.

(2) Ego quasi terebinthus extendi ramos meos, et rami mei honoris et gratiæ. Ibid. v. 22.

(3) Ego Mater pulchre dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. Ibid. v. 24.

(4) In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Ibid. v. 25.

na! Ella es una prueba incontestable del grande, del extraordinario amor que nos profesa. Desengañaos, cristianos: así como no se puede llegar á Dios sino por Jesucristo, tampoco puede llegar á Jesucristo sino por María. No creo que será necesario preguntaros si deseais la protección de este augusta Señora. Vuestra devota asistencia á este sagrado Novenario que vamos á concluir, la compostura y atención con que habeis escuchado las exhortaciones religiosas que he tenido el honor de dirigiros, y vuestros esfuerzos porque se se realicen estos cultos, es una demostración palpable de que en vuestros corazones está arraigada la devoción de la Santísima Virgen: plegue á Dios nuestro Señor, que vuestra devoción hácia esta angelical criatura sea una devoción verdadera, que os haga dignos de recoger sus hermosos frutos. Oísteis en la primera tarde lo útil y aun necesario de la devoción á la Santísima Virgen, y las reglas que deben guiarla para que le sea aceptable: os dije y probé que no le agradaba la devoción que no está fundada en la observancia de la ley de su Santísimo Hijo. ¡Cuántas almas viven engañadas, persuadidas de que no se perderán por un culto que no agrada á la Señora, por no tener por cumplimiento el cumplimiento de la ley de Dios! ¡Ay de aquellos que torpemente engañados en este punto, se hagan acreedores á que María diga de ellos como Jesucristo de los fariseos: « Estas gentes me honran con los labios; pero su corazón está lejos de mí (1). »

Imitar, pues, las virtudes de este augusta Señora, es el medio cierto y segurísimo de complacerla y de interesarla en nuestro favor. Visteis su fé, esa fé firme

(1) Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me. Math. cap. XV, v. 8.

y eficaz, verdadera y operativa, con la que tanto agradó á Dios, y en premio de la cual fué bienaventurada. LA FÉ, pues, sea, hermanos míos, la que nos guie en todas nuestras operaciones. Nada os importe que os vea el mundo y critique vuestros actos de piedad. ¿Sois por ventura de Dios ó del mundo? ¿Os guiarán al cielo las máximas del Señor ó las del siglo? No titubeareis en conocer la verdad. La fé dirija vuestras acciones; pero que sea una fé que obre caridad. Huid como de un gran precipicio de la hipocresía: no porque el mundo os alabe asistais al templo y practiqueis actos de piedad, pues que en este caso ya habeis recibido el premio en el aplauso de vuestros hermanos. La fé, el convencimiento, la religion, los afectos de vuestro corazon guien vuestras palabras y vuestras obras; y si os vieseis rodeados de tribulacion, llenos de angustia ó calumniados por viles detractores, no temais, toda vez que esto os dará ocasion para que practiqueis la virtud santa de la ESPERANZA, de que tan admirables ejemplos nos ha dado la Santísima Virgen. Recordad su esperanza en Dios, cuando notó la turbacion de su esposo San José, que habia conocido su preñez.

Esperad y confiad vosotros en el Señor, y os sacará libres de vuestras tribulaciones, como por medio de un ángel avisó á José el gran misterio que se habia obrado en María para la tranquilidad de esta y premio de su esperanza. Si el mundo se propone arrebatár vuestro amor, permaneced fuertes en la fé, y conociendo vuestros deberes, practicad la CARIDAD EN ÓRDEN Á DIOS, pues que amándole con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas, resistireis á los esfuerzos del enemigo

de nuestra salvacion: necesario es que mostreis vuestro amor por vuestras obras: «Si me amais, dice Jesucristo, observad mis mandamientos (1).» Tratad de hacerlo así, mis hermanos, no olvidando que al precepto del amor de Dios, que es el máximo y principal de los mandatos, hay otro unido de gran interés para nuestra alma y de saludables efectos para la sociedad. ¿Y cuál es? LA CARIDAD EN ÓRDEN AL PRÓJIMO. No habeis olvidado los grandes y sublimes ejemplos que María nos ha dado en los dias que tratamos de la caridad bajo sus dos diversos órdenes. El amor que profesó á Dios le hizo conformarse en todo con su voluntad: por mostrárselo dejó la casa de sus padres, retirándose al templo en la tierna edad de tres años: nada importaba para ella el mundo y sus halagos; solo Dios reinaba en su corazon, y en Dios y por Dios amaba de un modo extraordinario á las criaturas, como lo mostró cuando pidió á su Divino Hijo remediase la necesidad de los desposados de Caná, convirtiendo el agua en vino. Imitemos, pues, este precioso modelo, no queriendo para nuestros prójimos lo que no queremos para nosotros mismos. De este modo, mirando en cada hombre un hermano, hijo de Dios como nosotros y herederos de su gloria, nos animaremos á hacerles bien y dispensarles á todos los beneficios que estén en nuestra mano; y el ejercicio de la caridad desterrará de nuestros corazones el germen de la soberbia, y al modo que María nos ha enseñado, practicaremos la virtud santa de la HUMILDAD, con la que nos haremos agradables á Jesucristo, que se humilló á sí mismo tomando la forma de siervo,

(1) Si diligitis me, mandata mea servate. Joan. c. p. XIV, v. 15.

revistiéndose de nuestra naturaleza. Fijad vuestra vista en esa soberana Reina, tanto mas humilde cuanto mas elevada: el ángel le anuncia su altísima elevación, y ella no titubea en llamarse esclava. Bien nos recomienda esta virtud la Santísima Virgen, cuando nos dice: «que por haber el Señor mirado á la humildad de su sierva, todas las generaciones la llamarán Bienaventurada: esta humildad que nos desnudará del amor propio, infundirá en nosotros la virtud de la OBEDIENCIA, que tan eficazmente practicó la Maestra de todas las virtudes, que en nada se desvió nunca de la voluntad de Dios, y que fué exactísima hasta en el cumplimiento de las leyes civiles. ¡Oh felicidad imponderable la nuestra, si fuéramos verdaderamente obedientes, si nuestra obediencia fuera universal y perfecta como la de María! Entonces si que seríamos gratísimos á aquel Dios que prefiere la obediencia á los sacrificios, y esta virtud nos haria observantes de los santos mandamientos de nuestra divina ley; practicaríamos el bien y huiríamos de todos los vicios: con ayunos, mortificaciones y penitencias, venceríamos la lucha de la carne con el espíritu, y viviendo en CASTIDAD, nos dispondríamos para merecer la protección de la amabilísima María, cuya pureza es mas excelente que la de los mismos ángeles.

Yo amo á los que me aman, dice la Señora (1): si quereis que María os ame amadla vosotros; si deseais que ella muestre con sus obras que es vuestra Madre, mostrad vosotros con las vuestras que sois sus hijos. ¿Creeis, por ventura, que se honraria una señora

(1) Ego diligentes me diligo. Prov. cap. VIII, v. 17.

principal de la sociedad, que por su posición tiene grandes relaciones y viste con arreglo á su clase, al ver á un hijo suyo entregado á las desenvolturas que pierden á muchos jóvenes, con las vestiduras rotas, y sin frecuentar otras casas que aquellas donde se fomentan los vicios? Ciertamente que aquella madre se creeria deshonrada con tal hijo, y hasta sentiria verle en público. Ved aquí lo que lógicamente podemos pensar de María. Ella es una gran Señora llena de virtudes: es de la mas alta gerarquía: fuera de Dios no hay quien la supere ni aun iguale, pues es Reina de los mismos reyes. ¿No apartará su vista de aquellos hijos ingratos que la deshonran viviendo de un modo tan contrario al suyo? ¿Siendo la misma pureza querrá interesarse en favor de aquellos que viven entregados á los placeres sensuales, olvidando sus deberes? No, hermanos míos, porque esto seria un contrasentido. Procurad por lo tanto amar á María Santísima é imitad sus virtudes, y de este modo tendreis en ella una protectora benéfica, por cuya mano os dispensará el Señor su misericordia. ¡Cuán imponderable es nuestra dicha por tener en la Santísima Virgen una tierna Madre, dispuesta siempre á interceder por nosotros! Apreciemos cual debemos tantos bienes, y acojámonos bajo el manto de tan amante Madre, que nos dice con amor: «Venid á mí todos los que me amais, y saciaos de mis frutos. *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et á generationibus meis implemini.*

¡Virgen bondadosísima! El mas indigno y pecador de los ministros de vuestro Santísimo Hijo, que ha tenido la dicha de predicar vuestras virtudes en este Novenario, se atreve á llegarse á vos y supli-

caros que pues sois Madre de misericordia, nos asistais en todos los actos de nuestra vida, y nos alcanceis gracias de vuestro divino Hijo, á fin de que podamos practicar esas virtudes heróicas de que nos habeis dado brillantes ejemplos. Sea objeto de vuestra benéfica proteccion el Padre comun de los fieles, sucesor de San Pedro, á quien os suplicamos libreis de las asechanzas de sus enemigos y de la Iglesia: mirad y protegéd á todos los prelados de la Iglesia: rogad por el clero, interceded por el devoto sexo, á fin de que no haya quien se aparte del calor de vuestra caridad. Mirad, Señora, por esta nacion católica que os pertenece, por la estabilidad del trono y la paz de la monarquía: confundid la heregía, aniquilad la impiedad, desterrad los errores y alcanzad dias serenos y tranquilos para la inmaculada Esposa de vuestro santísimo Hijo, la Iglesia santa, perseguida aunque en vano por innumerables enemigos. Y á todos los que han asistido á esta devota Novena, y á cuantos os invocan de continuo, y á cuantos somos vuestros hijos, alcanzadnos bendiciones del Señor, á fin de que apartándonos de los caminos de la perdicion, corramos presurosos por las sendas que guian al cielo; tengamos la inestimable dicha de cantar en vuestra compañía himnos de alabanza y bendicion á vuestro Santísimo Hijo Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de esencia y Trinidad de personas, vive y reina en la Sion santa de la gloria, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Fiat!... Fiat!...

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DE LOS MILAGROS,

PATRONA DEL PUERTO DE SANTA MARÍA (1).

Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei, et cor meum ibi cunctis diebus.

He elegido y santificado este lugar, para que lleve mi nombre eternamente, y permanezcan en él por siempre mis ojos y mi corazon.

II Paralip. cap. VII, v. 16.

Venerable clero: ilustre Ayuntamiento: pueblo católico. No es esta la vez primera que mis piés han vacilado en la cátedra de la religion; pero confieso que jamás han sido tan poderosas como al presente las razones de mi timidez, ni tan justos los motivos de mi desconfianza. Elogiar á María; elogiarla en la advocacion de sus milagros; elogiarla á competencia en el mismo sitio, desde el cual ha prodigado la oratoria

(1) Retiramos gustosos una de nuestras producciones para dar lugar á este precioso modelo, que será leído con placer. Fué predicado este sermon el 8 de Setiembre de 1825, por el Sr. D. Juan José Arbolí, que fué despues obispo de Guadix, y mas tarde de Cádiz, donde falleció en 1.º de Febrero de 1863.